

SARCASMOS Y AGUDEZAS

VOLTAIRE

SARCAMOS
Y AGUDEZAS

SELECCIÓN DE TEXTOS, TRADUCCIÓN
Y PRESENTACIÓN
DE FERNANDO SAVATER



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: septiembre de 2021

© de la traducción, selección y prólogo: Fernando Savater, 1993

© de la presente edición: Edhasa, 1993, 2021

Diputación, 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-9170-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 13177-2021

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción.	11
Nota sobre la selección de los textos	33
Sarcasmos y agudezas.	39
Cronología	157
Bibliografía	169

VOLTAIRE, EL PRIMER INTELLECTUAL

«Voltaire dio al francés el instrumento de la polémica, creó la lengua improvisada, rápida, concisa, del periodismo».

A. DE LAMARTINE

INTRODUCCIÓN

En la historia de las letras universales, aparecen de tanto en cuanto los creadores de un nuevo estilo literario, los impulsores de un nuevo gusto o de una poética distinta, que después tienen numerosos seguidores y aun cultivadores que superan al iniciador; en la historia del pensamiento filosófico o científico existen unos cuantos creadores de sistemas y algunos geniales acuñadores de teorías tras cuya obra se apiña la hilera variopinta de los discípulos, que hacen cola de forma más o menos rutinaria en la parada de autobús determinada por el maestro. Pero mucho más insólito es que alguien invente un nuevo tipo de hombre de letras, un oficio distinto en el campo de quienes estudian, piensan, escriben y hablan. Así, por ejemplo, entre Tales, Heráclito y Pitágoras suele repartirse el mérito de haber inventado al filósofo clásico; Baudelaire quizá patentó un cierto tipo de poeta extravagante, bohemio y maldito; Freud instituyó con gran éxito al psicoanalista como confesor de la modernidad, etcétera.

La obra maestra de Voltaire fue la invención del intelectual moderno, un oficio que toma algo del agitador

político, bastante del profeta y no poco del director espiritual. Esta criatura sospechosa pero venerada alcanzó la cima de su prestigio hace exactamente cien años, con el asunto Dreyfus y el «J'accuse» de Emilio Zola; mantuvo luego su apogeo a lo largo de tres cuartas partes del siglo xx, apoyándose en figuras como Romain Rolland, Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre, hasta entrar en la franca decadencia de los últimos veinte años. Es posible que este ocaso sea definitivo o que la figura sufra una metamorfosis, propiciada por los avances cualitativos y las nuevas posibilidades de los medios de comunicación. A fin de cuentas, el desarrollo de la prensa, la generalización del correo y las inversiones de capital privado en empresas editoriales durante el siglo xviii tuvieron bastante que ver con la invención volteriana. Es lógico que las nuevas autopistas informativas propicien la aparición de un sucesor: estamos a la espera del Voltaire del fax y del CD-ROM... En todo caso, lo indudable es que la figura del intelectual tal como hasta ahora lo hemos conocido ha tenido una importancia crucial en el fraguarse de lo mejor y lo peor de la identidad cultural contemporánea.

Voltaire no fue un gran trágico, como él siempre soñó y creyeron algunos de sus contemporáneos; ni mucho menos un destacado poeta. Sus ensayos propiamente filosóficos divulgan con acierto algunas ideas de Locke y de un Spinoza pasado por Bayle, pero no son demasiado originales ni tampoco demasiado profundos. Como historiador mantuvo criterios nuevos y avanzados, semejantes a los de Hume, pero anticipándose a él en ocasiones,

y manejó una erudición sumamente competente para su época: sin embargo, es improbable que sus solos méritos en este campo le hubiesen garantizado el destacado lugar que ocupa en la revolución intelectual de su siglo. Aunque algunos de sus relatos son logros inmaculados, como *Cándido*, *Zadig* o *Micromegas*, no renuevan el género ni alcanzan la profunda originalidad de *Los viajes de Gulliver* (en los que tanto se inspiró), el *Tristram Shandy*, de Sterne, o *El sobrino de Rameau* y otros esbozos geniales de Diderot. En cuanto a sus análisis sociológicos o políticos, pese a que abundan en precisiones sensatas, tampoco igualan en fuerza sugestiva la radical provocación de los mejores momentos de Rousseau ni aun de Helvetius. De Voltaire podría decirse lo que comentó Jean d'Ormesson cuando murió Jean-Paul Sartre: «Más que una obra maestra definitiva, nos ha dejado múltiples muestras de un inmenso talento».

¿Qué nos queda entonces realmente de Voltaire? El ejemplo de su militancia, lo que podríamos definir como su vocación intelectual de intervención. Descartes y más tarde Spinoza escribieron para enmendar los métodos intelectivos que aún predominaban en su época; Voltaire aceptó y radicalizó esa enmienda, pero ampliándola no sólo a la forma de comprender, sino también a lo comprendido. A diferencia de los primeros racionalistas, Voltaire no pretendía simplemente modificar nuestra comprensión del mundo, ni la conducta individual del sabio en el mundo, sino que quiso enmendar el mundo mismo. La famosa tesis de Marx acerca de que es preciso pasar

de la comprensión del mundo a su transformación tiene en Voltaire un precedente explícito y admirablemente brioso. Nadie antes se había dado cuenta con tanta nitidez de la fuerza regeneradora que puede ejercerse por medio de las ideas sobre la opaca y rutinaria armazón de la sociedad. En el conocimiento y el pensamiento rectamente orientado (al conjunto de ambos lo llama Voltaire «filosofía») existe un auténtico poder, un poder benéfico y curativo que puede aliviarnos del poder despótico de los gobernantes y del poder oscurantista de los clérigos. Pero ese poder filosófico hay que movilizarlo, sacarlo de los libros académicos y llevarlo a la calle, convertirlo en ariete y en bandera. Para ello son precisas una serie de condiciones que hasta Voltaire nadie había sabido reunir conscientemente: una determinada visión histórica, una fe racional, una disciplina, un instrumento de propaganda y polémica, un público adecuado. Veamos con mayor detalle cómo participa cada uno de estos requisitos en el dinámico todo volteriano.

a) *Visión histórica.* Montesquieu percibió con claridad la diversidad de los usos políticos a través de los tiempos y de las latitudes, pero dio por bueno que todos tienen su justificación y su porqué. Incluso las leyes aparentemente más disparatadas o atroces poseen cuando se las examina cuidadosamente su propia razón de ser, referida a las condiciones ambientales o caracteriológicas del grupo humano. Hay muchas formas diferentes de acomodarse a lo racional, y el hecho de que prefiramos unas a otras depende de nuestras tradiciones, es decir, de nues-

tros prejuicios. Y a la inversa: toda sociedad cultiva sus propios absurdos y sus peculiares ridiculeces o inconsecuencias. Quizás el sistema de los parisinos tenga ventajas sobre el de los persas, pero desde luego no las suficientes como para obligar a todos los persas a portarse como parisinos. A esta visión de optimismo serenamente funcionalista se opone el escepticismo radical de los grandes pesimistas como Pascal o Bayle. Para Montesquieu, la razón está en todas partes; para ellos, toda razón humana es locura y sólo la apuesta irracional por la fe puede salvarnos. Es decir, salvarnos del mundo, porque nada puede salvar al mundo. Tras los afanes humanos no hay más que torpe ambición, frivolidad, propósitos criminales en el peor de los casos y estúpidos en el mejor. Mientras que para Montesquieu todo resulta justificable, para Pascal o Bayle nada lo es, salvo el acto de fe que cancela nuestra afiliación deseante a lo terreno.

Quien carece de indignación frente a los absurdos políticos pasados o presentes no puede tener impulso revolucionario; tampoco quien los considera ilustraciones de un mal metafísico que ningún esfuerzo humano puede sino empeorar. La visión histórica de Voltaire mezcla en cambio estos ingredientes en una proporción diferente. Los abusos y disparates de las leyes no son mera apariencia irreflexiva, como cree Montesquieu, sino males muy reales; pero no ejemplifican la triste condición de la naturaleza caída del hombre, sino que provienen de causas inteligibles y enmendables: el interés abusivo de los poderosos y la ignorancia de las masas, fomentada por los

inventores de supersticiones. Nuestra naturaleza racional y nuestro innato sentido de la justicia se rebelan contra las brutalidades del pasado, cuyas huellas en el presente son aún demasiado visibles. No hay motivos de optimismo, desde luego, porque éste supondría una falta de honradez ante la caterva de espantos que constituye la historia humana hasta la fecha, esa traque se repite con distintos protagonistas en todas las partes del mundo; pero tampoco es decente ni digna la resignación, porque el esfuerzo de tantos hombres honrados que se opusieron a los tiranos, el de tantos sabios que combatieron la ignorancia y la superstición, el de algunos gobernantes que posibilitaron épocas de relativo bienestar entre los mucho más frecuentes episodios de barbarie, todo ello demuestra que es posible intervenir positivamente en el decurso aciago del destino, para sanearlo gradualmente de sus peores tendencias.

b) *Fe racional*. Se equivoca Rivarol cuando dice que el pensamiento de Voltaire es burlón, disolvente, propio para destruir y nada más, «sin nada que lo funde y sistematice». Muy por el contrario, Voltaire es un creyente y hay en su filosofía un fundamento tan nítido y estable como cualquier dogma religioso. Voltaire cree en una ley natural, a la que no vacila en otorgar origen divino, cuya expresión indudable se halla en la razón y en el corazón de los hombres. Lo que denuncia a la superstición es su permanente variabilidad, lo inacabable de sus metamorfosis según la cronología y las coordenadas geográficas; la ley natural en cambio es algo único, cuya universalidad

reaparece en todo momento y lugar, confirmando así la rectitud inapelable de su exigencia. Lo mismo que los niños de todos los países toman carrerilla para saltar sin necesidad de que nadie les enseñe física, lo mismo que en todas partes quien desea ocultarse interpone un árbol entre su perseguidor y él sin necesidad de estudiar perspectiva, en cada hombre hay una idea de lo justo y lo injusto que es común para todos, independiente y previa de cualquier legislación positiva, capaz de juzgarlas a todas. Puede llevar siglos conocer las leyes de la naturaleza física, pero la simple introspección permite al hombre honrado en un momento conocer las leyes morales eternas.

La fe volteriana es una afirmación apasionada de la razón, que ocupa en su doctrina el papel de la gracia santificante en el cristianismo. En efecto, la razón es la gracia que Dios nos otorga para compensar tantos males de la vida, la única excepción positiva hecha a nuestro favor en las inexorables leyes de la naturaleza. De aquí que Voltaire sea intelectualmente tan severo con los ateos como con los beatos: ambos grupos desconocen la verdadera grandeza racional de Dios. La razón se acompaña por el amor propio que busca lo mejor para cada individuo y por la benevolencia que nos inclina a desear lo más provechoso para nuestros congéneres. Este entramado sustenta la vida social del hombre y exige su permanente revisión, su constante mejora. Como queda señalado, tal afirmación de los fundamentos necesarios y de la perfectibilidad de la vida social es en Voltaire, nada frío pese a su fama superficial de sarcástico calculador, una auténtica

pasión. La ha descrito muy bien Bernard Groethuysen: «Una pasión que exige la destrucción de lo irracional, de lo absurdo y que tiende a realizar en la vida lo que es conforme a la razón y al derecho. La pasión de la razón que ve como fundamento y como meta de la razón lo que se concibe según la lógica del derecho, la pasión que sufre, de una forma objetiva e impersonal, con aquello que en los casos concretos de la vida de todos los días es contrario a la razón. En fin, una pasión tan vulnerable a la injusticia que no puede dejar de intervenir en los casos particulares, según las leyes generales de una razón clara y segura de sí misma, sea cual fuere el lugar en que se produzcan». (*Philosophie de la révolution française.*)

c) *Disciplina.* Voltaire es una de las figuras de la historia del pensamiento al que se le pueden adjudicar menos opiniones raras. En cierto sentido, esto es algo que se ha vuelto contra él: solemos recordar sobre todo a los pensadores por sus dictámenes más desaforados, más genialmente extravagantes o paradójicos. Las principales ideas de Voltaire, en cambio, forman parte ya del acervo de nuestro sentido común moderno, por lo que al leerle resulta a veces demasiado obvio, demasiado previsible. La mayoría de sus criterios han triunfado de tal modo, los tenemos ya por tan irrefutablemente nuestros, que le menospreciamos un poco por no haber mantenido otros que pudieran desconcertarnos algo más. Pero es que Voltaire siempre tuvo muy claro adónde quería ir a parar con sus opiniones: nadie menos caprichoso ni menos casual que él. Comparémosle con el incansablemente imaginativo

Diderot: el director de la Enciclopedia intentó siempre pensar las cosas de modo distinto a como estaba establecido, pero sin preocuparse de las consecuencias prácticas de sus audaces y a veces contradictorias especulaciones. Diderot se lanza a seguir una idea chocante hasta sus más remotos extremos, desafiando las convenciones, pero sin empeñarse en transformarlas, más por gusto de la libre especulación que llevado por algún propósito práctico. Ni siquiera se preocupó de dar a la luz pública algunos de sus trabajos filosóficos más originales, que no fueron editados hasta mucho después de su muerte (caso de *El sobrino de Rameau*, rescatado por Goethe en alemán ya en el siglo XIX, o *El sueño de d'Alambert*).

Voltaire en cambio nunca pierde de vista el interés social de sus lecciones. Jamás es gratuito en sus planteamientos, que siempre pretenden combatir algún error o suscitar la actitud intelectual que le parece en cada caso históricamente más útil. Sabe ser casi en todo momento divertido, pero siempre por táctica, para resultar interesante y retener la atención de sus lectores, nunca por frivolidad. Es un gran pedagogo y un excelente divulgador, mucho más que un especulador creativo. Pero también es un hombre de partido (y de un partido perseguido, aclara él en alguna de sus cartas), un decidido militante. Su partido es el de los filósofos, a los que quiere convertir en guerrilleros intelectuales. Se desespera ante su desunión, ante sus rencillas y personalismos, ante sus enfrentamientos internos que los debilitan frente a la compacta caterva de los fanáticos y los intolerantes. Por intermedio

de su fiel Damilaville y del tibio d'Alambert, les hace llegar encendidas arengas de tono épico-burlesco, llenas de apelaciones a la unidad fraternal del grupo y de indicaciones tácticas y estratégicas para triunfar en la guerra contra el oscurantismo. Su apoyo a la Enciclopedia fue menos por entusiasmo hacia la obra en sí, sobre cuyo contenido intelectual tenía bastantes reservas y en la que colaboró profusamente, pero con artículos a menudo desganaos, que por afán de una empresa común que aunara y disciplinara contra el común adversario a sus dispersas huestes. Esta actitud corporativa y belicosa en el terreno laico la recibe sin duda como una herencia de aquellos miembros de la Compañía de Jesús que fueron sus primeros maestros. Quizá debiéramos decir que al intelectual moderno —polémico, mundano, oportunista en los detalles, pero fiel a los principios, educador ante todo— lo inventaron casi a medias entre Ignacio de Loyola y Voltaire...

d) *Instrumento de combate*. El estilo volteriano es sin duda una de las armas más potentes que jamás haya combatido en la palestra civilizada. Es fácil elogiarlo, pero resulta complicado analizar todos sus mecanismos. Uno de sus muchos entusiastas fue Somerset Maugham, que en *The Summing Up* asegura que Voltaire fue «*the best writer of prose that our modern world has seen*». Para Maugham, escribir buena prosa exige buenas maneras: a diferencia de la poesía, la prosa es un asunto civil, incluso cortés. La finura y el malicioso comedimiento de Voltaire dañaban sus versos y sus tragedias, pero en cambio le permitieron

conseguir una prosa envidiablemente impermeable a los siglos y al devenir de las modas literarias. Sabe unir el clasicismo con un cierto descuido ocasional, que le añade la lozanía de la espontaneidad y que sirve admirablemente a su peculiar tipo de humor. Es educado, pero agresivo; nítido, pero rico en sobrentendidos; terso y hasta puntilloso a veces en el respeto a las formas, pero incomparablemente vivaz. Sobre todo tiene dos cualidades magistrales: la claridad y la brevedad. Es comprensible, va al grano, evita los circunloquios, recurre siempre a imágenes ilustrativas que persuaden haciendo sonreír y no malgasta el tiempo de un lector al que supone con acierto apresurado y algo distraído. Conoce a su moderno... Tampoco se enreda en largas argumentaciones, incluso desconfía de ellas: muestra lo absurdo del adversario en un par de trazos, contrasta los extremos opuestos en diálogos fingidos, no propone explícitamente la vía correcta, sino que posibilita su aparición en el lector. Se contenta con demoler lo estúpido y zarandear levemente la facultad racional que todos compartimos para que despierte: vamos, ahora tú, atrévete... Todo un modelo, que Somerset Maugham convierte en consejo al joven escritor: «If you could write lucidly, simply, euphoniously and yet with liveliness you would write perfectly; you would write like Voltaire».

Hay que insistir en que Voltaire es sin duda un doctrinario, pero no un hipnotizador de masas ni un embaucador. No vocifera dogmas, sino que prefiere zapar con humor los cimientos de los ya vigentes; en cuanto a la opinión correcta, espera que cada cual llegue a ella por

sí mismo. No se trata, ni mucho menos, de considerar equivalentes todas las opiniones ni tampoco de suponer que las ocurrencias de cada uno deban ser respetadas en la misma medida en que deben ser respetadas las personas de los ocurrentes. A estos desvaríos contemporáneos del relativismo, Voltaire por fortuna ni se acerca. Lo que Voltaire cree es que todos pensaríamos bien (y por tanto más o menos lo mismo) si nos dejaran: es decir, si no nos enseñaran o nos obligaran a pensar mal. Escribe contra los obstáculos a la verdad, confiando en que ésta sabrá abrirse paso por sí misma a partir de la razón y la ley natural que todos compartimos: de ahí su fama de «demoledor», que él mismo confirmó. Pero precisamente con este método, como bien dice Groethuysen en el estudio antes mencionado, «apela a la autonomía del pensamiento de cada cual». Su lema, por tanto, podría ser: «Fiaros de vuestro propio razonamiento, sustituid siempre por lo concreto, por lo definido, las afirmaciones indecisas o generales». La vaguedad y los embelecos de la imprecisión son los grandes enemigos del esfuerzo racional. De modo que hay que ser claro cuando se escribe: por honradez y por fe en los principios. Escribir claramente no equivale a tenerlo todo claro, ni mucho menos. En el reino de las supersticiones y las falsas ciencias, la duda es una muestra de cordura cautelosa. De ahí que Voltaire guste de plantear sus escritos como diálogos entre posturas contrapuestas, llenos de acercamientos imprevistos entre actitudes aparentemente irreconciliables o distingos abismales entre las más próximas. Brinda así materiales para la reflexión

de su lector, sin sustituirle en ella. Nuestra aproximación a la verdad es una tarea infinita y es preciso tener sensatez para reconocer que muchas de las preguntas que nos hacemos escaparán siempre a una respuesta que las cancele definitivamente: Dios nos ha dado la razón para comprender lo que nos compete, pero no para entenderlo todo en el infinito y eterno universo. De modo que la razón debe ser por un lado atrevida (para desligarse de tutelas y tradiciones acríticamente aceptadas), pero también modesta para acatar nuestros límites. Precisamente prometer saberes que hablan de lo absoluto con familiaridad insultante e inapelable es el truco predilecto de los nigromantes religiosos o políticos. Contra ellos lanzó su dardo Voltaire, claro y conciso. Su objetivo era hacer a cada cual consciente de su independencia intelectual.

e) *Un público.* Para que una tarea como la suya pudiera tener visos de éxito, Voltaire necesitaba crearse un público. Lo logró y aún más amplio del que nadie hubiera esperado. Muchos estamentos habían de ser descartados de antemano en cuanto posible campo de influencia: para empezar, los clérigos y sobre todo los dignatarios eclesiásticos, los beatos, los traficantes de influencias papales, los predicadores, los confesores, los inquisidores... También los herejes tipo jansenistas o los infieles modelo musulmán, que padecían la intolerancia de sus adversarios, pero no tenían sueño más querido que llegar a ejercerla a su vez y aún peor que la antes establecida. Tampoco podía contarse con los miembros encumbrados del estamento universitario, guardianes por temperamento y por rutina

de las ortodoxias; ni con los más encallecidos retoños de la vieja nobleza feudal, cuya única posibilidad de seguir disfrutando privilegios residía en la perpetua congelación de las jerarquías de este mundo. Desde luego, el pueblo llano quedaba completamente fuera de cuestión como audiencia ideal. Sus miembros carecían de preocupación intelectual y de independencia personal, ambas ligadas necesariamente a cierto grado de bienestar económico. A diferencia de otros ilustrados más revolucionarios, como Helvetius y luego Condorcet, Voltaire nunca fue partidario de extender la educación hasta las capas que debían trabajar en labores manuales y pesadas: ¿para qué les hubiera servido aumentar sus conocimientos, si en ningún caso podían abandonar su embrutecedor pero imprescindible servicio para el que no iban a serles de ninguna utilidad? Al pueblo bastaba con darle unas cuantas normas de sana moral y luego entretenimientos que aliviasen de tanto en cuanto sus penalidades. Las abstrusas disquisiciones filosóficas, no digamos las teológicas, predicadas a quienes no pueden comprenderlas ni tienen por qué hacerlo, pero son excitados por ellas, pueden dar lugar a querellas sangrientas, persecuciones y guerras de religión.

¿Quién queda, pues, para formar parte de ese público del que Voltaire espera obtener toda su fuerza, la fuerza capaz de regenerar racionalmente la estructura de la sociedad e incluso de la humanidad en su conjunto civilizado? La gente decente: profesionales (sobre todo médicos y profesores jóvenes), financieros, comerciantes, artesanos, administradores, militares con afán de estudio,

científicos de cualquier academia, artistas, viajeros, abates libertinos, damas tan sensibles como inquietas y bien educadas, miembros de la pequeña nobleza y aun de la grande en casos excepcionales (nuestro duque de Alba y el conde de Aranda fueron dos ejemplos hispánicos, gozando ambos de la máxima consideración volteriana). Añadamos como rarezas un rey, Federico de Prusia, y una emperatriz: Catalina de Rusia. Personas con curiosidad, con cierto ocio, con estudios y sin demasiados prejuicios. La burguesía culta, moderada, enemiga de las guerras y amiga de los negocios, apasionada por los descubrimientos científicos y por la abundancia económica. Voltaire sabe que este público ilustrado nunca puede ser mayoría, pero en cambio constituye la parte más activa e influyente de la sociedad. Ponerlos a ellos de parte de las ideas filosóficas basta para transformar la sociedad entera. Será también este público, tolerante y bien informado, el legislador que Voltaire querrá ver en ejercicio, contra los privilegios genealógicos y las tradiciones supersticiosas. Para el pragmatismo volteriano lo importante es que las leyes sean hechas por quien puede concebirlas mejores; en este punto difiere frontalmente de lo que pocas décadas después propondrán los revolucionarios, cuya reivindicación no es que las leyes las hagan quienes tengan más acierto, sino todos los que tengan derecho a legislar. Pues nadie debe someterse a leyes en cuya elaboración no ha intervenido, él mismo o sus representantes... Pero esta es otra cuestión. Voltaire, poco o nada igualitarista, escribió para una amplia minoría selecta, no para una mayoría re-

volucionaria: él mismo fue rebelde y reformador radical, pero detestó (y temió) la idea de una insurrección violenta generalizada.

Tales fueron los lectores de Voltaire en toda Europa: esperaban sus panfletos sin firma, pero cuyo estilo los hacía inconfundibles, para recibir consignas, estímulos, argumentos contra el oscurantismo. Aunque muchos de ellos fueron suscriptores de la Enciclopedia, Voltaire preparó para uso de sus fieles un *Diccionario filosófico*, portátil y punzante: sabía que el secreto de ser eficaz consiste en resultar no sólo divertido, sino también abarcable. Al convertirse en arma de combate, el libro debe ir haciéndose barato, ligero, pequeño, fácil de transportar... y de ocultar. Por otra parte, el orden alfabético permite la consulta rápida para localizar la requerida munición contra el enemigo reaccionario. Voltaire es, si no propiamente el inventor del libro de bolsillo, al menos uno de los primeros en comprender sus múltiples posibilidades en la difusión crítica de las ideas. Lo curioso es que Voltaire tuvo tanto éxito fraguándose un público que su audiencia se volvió en ocasiones contra su propio partido. Porque lo cierto es que hubo más volterianos que ilustrados y muchos de los peores enemigos de los filósofos aprendieron sus mañas dialécticas en el propio Voltaire. Tomemos por ejemplo el caso de Rivarol: ¿quién más volteriano por la elegante precisión y por el sarcasmo, aunque más antivolteriano en cuanto a sus ideas de fondo? Voltaire fascinó incluso a sus adversarios, pero los más inteligentes de ellos aprendieron de él para combatirlo.

En los dos siglos sucesivos a su desaparición física (desaparición completa, pues se ha perdido hasta la huella de sus restos), su nombre sigue teniendo el prestigio de banderín de enganche de la irreverencia, pero no se le escatiman los reproches y las censuras. «Autor que dice perfectamente lo que todo el mundo piensa», aseguró cándidamente una señora, olvidando que en buena parte el mundo lo piensa porque él antes lo dijo; «filosofía para porteras», dictaminan los que no creen más que en la filosofía de los gruesos volúmenes y la jerga intimidatoria; *Madame* de Stäel señaló, con mayor tino crítico, que «esa claridad, esa facilidad que caracteriza a sus obras, permite verlo todo y no deja adivinar nada». Por lo común, es más fácil desdeñar a Voltaire que refutarle directamente: después de todo, sus principales obsesiones ideológicas son hoy ya casi lugares comunes y en su mayoría forman parte de la columna vertebral que sustenta nuestras libertades y las mejores aspiraciones sociales de la modernidad. Pero su figura sigue siendo tan irritante como siempre, aunque por motivos cambiantes. Carlos Pujol, en su estupendo libro sobre Voltaire, lo ha expresado inmejorablemente: «En resumidas cuentas, es un autor embarazoso al que no es fácil atacar de frente si no es rebajándose casi a nivel de energúmenos, pero al que tampoco es fácil aceptar en bloque, ni siquiera en sus líneas principales, porque siempre contradice algo a lo que no estamos dispuestos a renunciar. Para los agnósticos y ateos es demasiado tímido, está demasiado aferrado a unos principios que pueden parecer vagos, pero que para él eran sólidos;

para los creyentes, incluso para los que se armen de toda la buena voluntad posconciliar que puedan reunir, evidentemente va demasiado lejos en su racionalismo; para los marxistas es demasiado burgués, demasiado conservador, pero para los burgueses tiene una acidez crítica, muy propia de la burguesía militante del siglo XVIII, que hoy puede parecer intolerable; para los escépticos es demasiado crédulo y para los que tienen certidumbres, sean del tipo que sean, es demasiado corrosivo. Todo el mundo le mira de reojo y hace lo posible por abandonarle en una zona del pasado del que nadie le reclama».

¿Todo el mundo? Quizás hoy menos que cuando hace veinte años Pujol escribió estas líneas. Vivimos la escarmentada resaca de la quiebra de muchas certezas milenaristas o absolutas; tememos el resurgir de pasadas atrocidades hoy más sofisticadas, la asfixia de una intransigencia que no tolera ni el esbozo de un libre examen racional que le sea contrario. Sobre todo, tememos que caigan en el olvido, por pereza o relativismo «multiculturalista», los valores esenciales y siempre civilizatoriamente prometedores de una modernidad cuya cancelación apresurada no abre paso al futuro, sino a la barbarie. Y también tememos el desinterés creciente por lo que a todos afecta, por los temas esenciales, por el debate de largo alcance sobre hoy cara a mañana. Nadie quiere aburrirse, muy bien: pero Voltaire enseña a divertir sin distraer de lo que más importa. Su pensamiento fue juntamente firme y pragmático; apasionado y racional; no aceptó ningún bloque de ideas en su conjunto, sino que las desgranó una a

una, construyendo con difíciles compatibilidades una armazón en la que ninguna corriente quedaba excluida del todo ni era bendecida sin examen. Este eclecticismo progresista se parece bastante a lo que hoy muchos intentan hacer, llámeselos «posmodernos», «neoilustrados» o como se quiera. Herederos del viejo humanismo, desde luego, a los que desde todas partes regañan los absolutistas como siempre le regañaron a él. Sería absurdo y traicionero retornar hoy crudamente a un pensamiento que constantemente procuró mantenerse pegado al decurso histórico. Pero ese talante, esa vocación, ese carácter intelectual... Sí, ciertamente: más que nunca, seguimos necesitando a Voltaire.

FERNANDO SAVATER
Madrid, 16 de febrero de 1994